

# Una juventud cubana que busca...

Por ROGELIO DEAN PUERTA  
Seminarista de la Arquidiócesis de La Habana

**N**o cabe duda de que particularmente la juventud es una etapa de la vida en que la persona sale en busca del camino que le lleve a la realización humana más plena posible. Es la edad de los sueños, las esperanzas y las ilusiones en un futuro, que aunque incierto, no deja de seducirnos al invitarnos cada día a luchar por su conquista. Se trata de la conquista de una felicidad que queremos que sea real y auténtica, dentro del marco de “altas exigencias” tan típicas de los que no sumamos demasiados años.

Corren tiempos en que los jóvenes topamos con muchos “ruidos” en la sociedad en que vivimos. El futuro se torna cada vez más incierto, los caminos que conducen a éste pueden parecer dudosos o difíciles de descubrir y de emprender. Sucede entonces que se vuelve común el perseverar en el deseo de conquistar una felicidad con altos niveles de exigencia, pero en un plazo lo más inmediato posible y con la menor carga de esfuerzo posible. Hay temor al compromiso serio, a largo plazo o definitivo. Se depositan demasiadas expectativas en cuestiones materiales inmediatas, y muy pocas en el crecimiento espiritual humano, así como los valores que éste supone.

Sigue corriendo por nuestra calles la doctrina de “lo mío primero”. Tien-de a decrecer la cifra de los jóvenes que conciben sus caminos vocacionales, como opciones que buscan más servir que ser servidos.

Considero un acto de valentía muy grande el de un joven, que aún en medio de los “ruidos” y las “dudas” de la situación vigente, emprende con perseverancia un camino sincero de búsqueda de aquella vocación que le hará verdaderamente feliz. En esa vocación hallará un auténtico encuentro con él mismo y con el motor de todo: el amor.

Un joven movido por el amor: ése si podrá llegar lejos, ése si logrará ser feliz haciendo a los demás felices. El

amor ayuda a la persona a ser transparente, a tener confianza y a dejarse ayudar.

## **La comunidad parroquial: Centro de la Vida del cristiano**

La Iglesia, como Madre de todos los hombres, quiere ayudar a sus hijos más jóvenes en la búsqueda de su realización de vida en una vocación concreta que siempre esté enfocada al servicio y a la donación de sí mismo de diversas maneras. Para esto, creo que hay que tener en cuenta algunas pautas.

Como punto de partida, conviene tener bien claro que la Iglesia la formamos todos los bautizados. Todos, de diversas maneras, somos responsables de su misión. Con la gracia del Señor y en plena unidad, afrontamos cada reto de la mejor manera posible.

Son muchos los jóvenes que, como quien suscribe, han llegado y siguen llegando a nuestros templos en busca de una luz que les indique un camino, una razón que sea lo suficientemente fuerte como para llenar sus vidas y darles sentido. Es entonces cuando comienza el primer reto de la comunidad cristiana: *la acogida*.

Cada joven llega con su historia personal, muchas veces compleja y marcada por el dolor, y no pocas veces es éste un camino privilegiado de encuentro con el Señor. Llegan vistiendo a la moda que corre, con ideas raras y diversas a las habituales en la comunidad cristiana, no siempre con los mejores hábitos y modales, tan descuidados en estos últimos tiempos. Pero llegan sobre todo con el deseo de encontrar un modelo de persona y comunidad con coherencia de vida, que les sirva de ejemplo y que les permita renovar sus esperanzas en un amor auténtico que quizás conocen en teoría, pero no en la práctica.

Corresponde entonces a la comunidad hacerle experimentar a ese joven que llega, un fuerte amor, aquel cuya fuente es Jesús.

Corresponde a la comunidad, y en especial al sacerdote y a los jóvenes, interesarse por el nuevo hermano que llega y hacerle sentir en casa, como en familia. Hacerle sentir cuánto vale para nosotros, por el simple hecho de ser Hijo de Dios y hermano nuestro. Esto tiene que expresarse que no sea un simple protocolo cumplidor, sino gesto de fraternidad sincera y concreta.

Un joven que logre tener un auténtico encuentro personal con Cristo y que crezca en una seria intimidad con Él es un joven que comienza a vivir su vida desde y para el amor, porque Dios es amor. Sus heridas comienzan a curarse, sus ojos se abren a nuevos horizontes y descubre la plenitud de la vida en ese sacerdocio real al que está llamado cada cristiano.

Con los ojos del amor, el joven ya puede alistarse con seguridad para ir en busca de su vocación particular.

Se necesita un mínimo recorrido de fe y vida en comunidad, que le abra los oídos para escuchar con claridad lo que realmente quiere Dios de su persona.

## **Un abanico vocacional de colores**

En el seno de la Iglesia hay varias vocaciones, todas con su indiscutible “encanto” si se emprenden desde el amor a partir de la llamada del Señor.

La vida como laico comprometido es muy bella e importante. Un joven laico cristiano que toma en serio su fe, es un joven que irradia coherencia y que evangeliza con su ejemplo en su barrio, en su centro laboral o de estudio, en todas partes. Es la juventud la que debe mover y dinamizar por excelencia las diferentes pastorales en nuestra Iglesia, inyectándole esa vitalidad, alegría y armonía que tanto necesitan.

Los jóvenes cristianos muestran a la sociedad cómo es posible vivir, por ejemplo, un noviazgo correcto y cómo se construye un matrimonio de auténtica felicidad y realización duradera. No

faltan tampoco los laicos que, por serlo, asumen un compromiso mayor al servicio de los demás de diversas maneras, con los movimientos, asociaciones u órdenes seculares.

Hacen falta jóvenes animadores de pastoral juvenil y de adolescentes, catequistas, ministros de la Eucaristía, agentes de Cáritas y de Pastoral de la Salud, etc. En la parroquia cada vocación toma su propio matiz. Vemos entonces cómo el médico toma un enfoque Pro-vida, como se humaniza y ayuda a humanizar, cómo le presta interés a la bioética cristiana.

Vemos cómo el pedagogo entiende mejor su vocación y se torna en verdad un Evangelio viviente. Vemos cómo estudiantes universitarios ayudan en el estudio a sus compañeros y se tornan más solidarios. En la parroquia debe haber espacio para que cada vocación laical se redimensione en el servicio y en la fe.

### **Un sí por Cuba y por su Iglesia**

La Iglesia también está en el deber de promover entre los jóvenes el maravilloso camino a la vida religiosa o sacerdotal. *La mies es mucha, pero los obreros son pocos* (Mt 9, 37). Éstos no son caminos de huida del mundo, sino de compromiso con él.

La vida religiosa ofrece una diversidad de grupos de hombres y mujeres, que a nivel nacional o internacional, se unen iluminados por el carisma que ha suscitado el Espíritu en un fundador, para servir a la Iglesia en una necesidad concreta: evangelización y educación de jóvenes, trabajadores, enfermos, barrios marginales, etc. Estos carismas normalmente se deben de ajustar

a las necesidades del tiempo y el lugar. Son patrimonio de toda la Iglesia.

En nuestro país hay muchas órdenes, institutos, sociedades y congregaciones religiosas que han dado y siguen dando su valioso aporte a la evangelización de nuestra patria, a lo largo de su historia. Diversas comunidades trabajan, integradas mayoritariamente por misioneros extranjeros, trabajan ante el reto de la inculturación y promueven la entrada a las mismas de jóvenes católicos cubanos generosos y de intenciones sinceras que se sientan llamados por sus respectivos carismas y auténticas invitaciones del Espíritu a construir un reino mejor, y en él, el Reino de Cristo.

Clama también a viva voz por jóvenes valientes nuestro histórico Seminario Diocesano de La Habana: "San Carlos y San Ambrosio". La vida del sacerdote diocesano se presenta como un atractivo camino vocacional para aquellos que arden en deseos de ganar almas para el Señor, como extensión de las manos pastorales del Obispo, en una Iglesia local como la nuestra, cuyo clero es mayoritariamente extranjero y cuenta con muchas parroquias que esperan por un pastor estable a plena jornada.

### **Que nadie deje de dar su aporte en la comunidad**

¡Qué bueno sería si en cada comunidad parroquial de nuestra arquidiócesis, los fieles laicos ayudaran al párroco a formar una sólida y operativa comisión parroquial de vocaciones, que interactuara sabiamente con la que existe a nivel diocesano! En un país

como Cuba, con una realidad eclesial "tan concreta", definitivamente tenemos que entender todos que cada camino vocacional surge y comienza a madurar "en el seno de la parroquia".

Se trataría de una comisión parroquial que organice entre los jóvenes visitas al Seminario y jornadas de oración y reflexión vocacional con invitados. Sería una comisión dinámica que busque o diseñe, en unión con el sacerdote, material promocional que tenga "un lugar" en los murales del templo o que pueda ser distribuido. Una entidad que sensibilice al joven con la misión de la Iglesia en Cuba; que agrupe y distribuya algo de nuestra buena literatura cristiana, a la cual el joven no tiene comúnmente acceso en la vida ordinaria. Esta comisión nunca perdería como centro "la espiritualidad cristiana". Es por eso que no puede estar ajena al acompañamiento espiritual de los jóvenes de la comunidad. Con una adecuada metodología, hay que insistir en los sacramentos, en la referencia bíblica, en los retiros, en la oración, en la meditación.

No faltan los jóvenes que afrontan problemas en el grupo vocacional diocesano o hasta en el mismo Seminario; porque simplemente no han tenido una fuerte experiencia de vida en el Evangelio y serio acompañamiento cristiano en la parroquia; algo que no es para nada responsabilidad "exclusiva" del sacerdote. Hay que cuidar las etapas de cada vocación y nunca pasar a un segundo nivel de ésta si el primero no está vencido.

El Señor nos asiste siempre en nuestras santas misiones. Él nos infundirá su Espíritu y nos proporcionará las herramientas necesarias para acompañar a los jóvenes en su camino. Hoy en muchos países, y también, en menor escala, en Cuba, surgen y se consolidan nuevas realidades eclesiales llamadas "movimientos"; que tienden a reanimar la vivencia de fe en la parroquia.



**Un joven que logre tener un auténtico encuentro con Cristo y que crezca en una seria intimidad con Él, comienza a vivir su vida desde y para el amor. Sus heridas comienzan a curarse, sus ojos se abren a nuevos horizontes y descubre la plenitud de la vida...**